

ñadas por Jesucristo y transmitidas por los Apóstoles, nos las ha conservado todas con escrupuloso cuidado; y de pocas tradiciones nos quedan tantos monumentos como los que la antigüedad nos ha transmitido acerca de la confirmación. ¡Qué falange tan numerosa de Santos Padres, de Pontífices, de Concilios, se nos presenta desde el primer siglo hablándonos de la *unción divina* que daba el Obispo con el Espíritu Santo, á los que ya habían sido bautizados! Al frente de esta inmensa cohorte, vemos á Dionisio el Areopagita, aquel que convertido en Atenas por San Pablo, fué después su fidelísimo discípulo. Hablando del recién bautizado nos dice que, cubierto aún con cándida vestidura, lo conducen al Pontífice, quien lo signa con el óleo consagrado con divinos ritos, *qui divinitus sacrato oleo virum consignat*, y lo hace partícipe de la Eucaristía. Luego, su mismo maestro le enseñó estas unciones; luego, aunque la Escritura en su concisión no lo especifique, juntamente con la imposición de las manos, ungián los Apóstoles la frente del bautizado, como nosotros lo hacemos, y al signar con la señal de la cruz comunicaban al Espíritu Santo.

Tertuliano se adelanta en el segundo siglo dando preclaro testimonio de la misma doctrina. Con ese contundente laconismo con que antes de su lastimosa caída habló á los tiranos y á los perseguidores, á los paganos y á los herejes, en diversos escritos diserta sobre la confirmación como diversa del bautismo, distinguiendo claramente la unción de la ablución, la inmersión en la fuente de la imposición de las manos. *Caro abluatur ut anima emaculetur, caro signatur ut anima muniatur. . . . Egressi de lavacro perungimur benedicta unctione.*

No habían pasado ni cien años, cuando la Iglesia, desgarrada por el cisma de Novato, escuchaba de los labios del Papa San Cornelio amargas quejas sobre este herejarca, que han sido transmitidas á la posteridad por el historiador Eusebio (lib. vi). Hablando el santo Pontífice de las perversas costumbres de aquel, de su desmedida ambición, y de su extrema cobardía, que lo hizo no sólo ocultarse en tiempo de persecución, sino aun negar su carácter de presbítero, parece no extrañar su funesta caída, atendidos sus antecedentes. Habla de su bautismo en el lecho del dolor, y hace notar que no fué confirmado por el Obispo, *neque ab Episcopo consignatum fuisse*. Faltándole este sacramento (exclama), ¿cómo pudo recibir al Espíritu Santo, *quomodo Spiritum potuit accipere?*

¡Insigne Cirilo, Obispo renombrado de la santa ciudad de Jerusalén! Permite que delante de este ilustrado auditorio manifieste mi veneración hacia tí, al leer en tus libros las doctas sentencias en que hablas, no sólo de la imposición de las manos, no sólo de la *unción* en general, sino del sagrado *crisma*, compuesto de aceite y de bálsamo, imagen de aquel con que fué ungido Cristo: *quod gerit imaginem illius quo unctus est Christus*. Con este unguento precioso (decías á tus catecúmenos) fuisteis ungidos después de salir de la fuente bautismal: fuisteis así constituidos partícipes y compañeros de Cristo. Esta unción es la comunicación del Espíritu Santo: *hoc autem est Spiritus Sanctus*. Este aceite con que se os ungirá dentro de un instante (añadías), ya no es un unguento común y sencillo, *non amplius est unguentum nudum neque commune*; consagrado con los so-



lemnes ritos de la Iglesia, es el *crisma de Jesucristo*, es la presencia del Espíritu Santo; y la divinidad del mismo Espíritu le infunde una virtud sobrenatural, una energía sublime. Vuestras frentes serán ungidas con este óleo visible; pero al mismo tiempo el Espíritu Santo y vivífico dará nueva vida á vuestras almas; *corpus equidem isto visibili unguento perungitur, anima vero Sancto vivificoque Spiritu vivificatur.*

¿Para qué cansaros, poniendo ante vuestros ojos más monumentos? ¿Qué necesidad hay de citar uno á uno los decretos de los Concilios generales y particulares, relativos al sacramento que vais á recibir? Sufrid, no obstante, que os refiera lo que al principio del siglo IV decretaron nuestros Obispos españoles reunidos en santo Sínodo en la ciudad de que hoy no quedan ni vestigios, y que se conoció con el nombre de Elvira. En larga y peligrosa navegación (dicen los padres Iliberitanos) bien puede el catecúmeno enfermo recibir el bautismo, en caso de necesidad, de manos de cualquiera fiel, aun sin órdenes; pero si sobrevive, habrá que presentarlo al Obispo, al llegar á puerto de salvamento, para que, con la imposición de las manos, se convierta en perfecto cristiano, *ad episcopum eum perducatur, ut per manus impositionem perfici possit.*

Veis, pues, que muy descaminado andaba Calvino, cuando con atrevimiento sin igual afirmaba que *ni uno solo de los antiguos habla del óleo; ni aun siquiera se menciona en la edad media ya tan corrompida* (Antidot. Conc. Trid.) ¿No leyó nunca á San Cipriano, que hablando de la imposición de las manos por Pedro y por Juan á los samaritanos bautizados por Felipe, exclama: *Es lo*

*mismo que hacemos hoy día; los que ya fueron bautizados se presentan á los Prelados de la Iglesia para que por nuestra oración y la imposición de las manos reciban al Espíritu Santo? ¿No pasó nunca los ojos por los decretos del Concilio de Florencia, que ya mucho antes que el de Trento afirmaba que el segundo sacramento es la confirmación, cuya materia es el crisma, cuya forma es: Te signo con la señal de la Cruz, y te confirmo con el crisma de salvación, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo?*

---



## II

El Profeta Isaías había ya especificado uno á uno los siete dones que comunica el Divino Espíritu. La sabiduría, que nos imparte el conocimiento y el amor de las cosas divinas; el entendimiento que nos hace comprender y penetrar las verdades sobrenaturales; el consejo que nos hace conocer con certidumbre los medios más conducentes para llegar al cielo; la fortaleza que nos da valor para emprender grandes cosas por Dios, y confianza para llevarlas á cabo á despecho de cualesquiera obstáculos; la ciencia que perfecciona el juicio y nos hace discernir con certidumbre, en las cosas espirituales, lo verdadero de lo falso y el bien del mal; la piedad, que nos llena de afecto filial hacia Dios, y nos inclina á honrarle como á Padre; por último, el temor de Dios, que nos hace temer al Señor porque es nuestro Padre, y huir del pecado porque le desagrada.

Cuando el árbol de la Iglesia, tiernecito aún, necesitaba del riego de los prodigios, al descender el Espíritu Santo, juntamente con estos dones comunicaba la gra-

cia de hacer milagros, y de hablar en diversas lenguas; y descendía de una manera tan ruidosa, que su presencia era sensible, no sólo á los ojos de la fé, sino á los sentidos groseros de nuestro cuerpo. Tal fué su primera venida entre horrisonos truenos el día de Pentecostés; tal bajó sobre los samaritanos, excitando la admiración y envidia del mago Simón. Crecido ya el árbol no necesitó, como nos enseña San Gregorio, del frecuente riego de los milagros y de los portentos; pero los dones del Espíritu no han dejado de comunicarse á los fieles, y de resplandecer en muchos con un brillo particular. ¿Visiteis á Antonio en el tercer siglo, y á Benito Labre en el que acaba de espirar, escoger el uno el desierto y el otro el abyecto estado de la mendicidad, como el camino más seguro de alcanzar la eterna salvación? Ahí tenéis la verdadera sabiduría. Ved al Espíritu de entendimiento descubrir á Jerónimo los misterios de las Escrituras, al Espíritu de consejo hacer que Teresa escoja el claustro, y las Isabeles de Hungría y Portugal el matrimonio, que Javier parta á las Indias y Felipe Neri permanezca en Roma. ¡Inés, Águeda, Cecilia, Sebastián, Juan Nepomuceno! ¿No era el Espíritu de fortaleza el que os hacía desafiar á los tiranos, y sufrir gozosos los mayores tormentos? ¡Cómo brilló el dón de ciencia en Tomás de Aquino, santo y sapientísimo á la par, en Francisco de Asís y en Pascual Bailón, poco doctos en letras humanas, llenos cual ninguno en la ciencia de los santos! ¡Qué piedad, dón del Paráclito, vemos en tiempos no remotos en Margarita María Alacoque, la devota por excelencia del Corazón de Jesús! El temor de Dios hace á Catalina de Sena exclamar que preferirá arrojarse



en un mar de fuego, antes que cometer el más leve pecado, y á Luis de Gonzaga caer desmayado de dolor, al encontrarse reo de dos culpas levísimas.

Pocos, pero gloriosos ejemplos, os he citado, escogidos en diversas épocas, que os demuestran que antes y ahora el Espíritu se comunica con toda su energía, con toda su virtud. Volved los ojos un instante al hermoso cuadro que se despliega sobre el altar mayor de esta vuestra ilustre catedral. Ved ahí á San Luis en medio de millares de heróicos cruzados, que acaban de pisar el terreno profanado por el infiel. ¿Quién empuja á esos héroes hacia el sepulcro de Cristo? ¿Quién los hace dejar la patria y la familia para marchar á lejanas tierras á pelear con enemigos poderosos, fuertes por su número, orgullosos con sus victorias? ¿Quién, sino el Espíritu de piedad, que los enciende en deseos de venerar la región sagrada en que vivió nuestro Salvador en carne mortal? ¿Quién, sino el Espíritu de temor de Dios, que no sufre que en Belén y en el Calvario, en Nazaret y Tiberiades se blasfeme el nombre santísimo del Redentor? ¡Qué trabajos en la navegación y en el camino penosísimo por tierra extranjera! ¡Qué esfuerzos en la batalla, qué pena en la derrota, qué sufrimientos en la cautividad! Pero no flaquean ni desmayan. *Dios lo quiere*, cantan en la victoria, *Dios lo quiere*, murmuran en los reveses, *Dios lo quiere*, claman al són de sus cadenas, *Dios lo quiere*, repiten al morir. El Espíritu de fortaleza, que recibieron en la imposición de las manos, no los abandona. El Espíritu Consolador que prometió Jesucristo, estaba con ellos, residirá en el mundo hasta la consumación de los siglos, y va á descender sobre vosotros.

Los combates que os esperan son muy diversos de aquellos que bajo San Luis sostuvieron los hijos de aquella Francia tan cristiana en que nacieron vuestros padres; pero no por eso serán menos rudos ni habréis menester menos firmeza. ¡Nuevos soldados de Cristo! Armaos de valor. En la frente voy á haceros la señal de la Cruz: no os avergoncéis jamás de vuestra fé. Voy á heriros el carrillo como prescribe el rito. No olvidéis, cuando la ocasión se presente, esta mística bofetada, y sufrid ultrajes y persecuciones, burlas é injurias antes que renegar de vuestra fé. Voy á imprimiros un sello indeleble, que no se borrará de vuestras almas ni en esta vida ni en la venidera. Que por este sagrado *carácter* os reconozca Jesucristo como suyos, y el mundo os distinga no sólo de los que no profesan la verdadera fé, sino aun de los cristianos no robustecidos con la gracia del Espíritu Santo.

SEÑOR:

Permitid que antes de concluir salude en vos al ungido del Señor, al soberano de una nación católica, unida á los que estamos aquí congregados, con los vínculos de la fé y de la caridad. Os saludo á nombre de esta grey que no es mía; pero para la cual no soy extranjero, Obispo como soy en comunión y gracia de la Sede Apostólica de quien todos somos hijos sumisos y devotos. Grande es nuestro gozo al veros orar junto á nosotros, bajo estas antiguas bóvedas, en los momentos en



que el Divino Espíritu va á comunicar sus dones á tantos hijos de esta noble ciudad. Que Él descienda también sobre V. M. y su imperial familia, que él lo acompañe en su viaje, y no lo abandone á su regreso en medio del católico pueblo que, por disposición de lo alto, hace tantos años gobierna. Él lo conduzca, por último, á los alcázares celestes en unión de los devotos fieles que me escuchan. Así sea.



## FERVORÍN

PARA LA PRIMERA COMUNIÓN DE UNA NIÑA.  
TRADUCCIÓN LITERAL DEL ITALIANO EN QUE FUÉ  
PRONUNCIADO, EN EL CONVENTO DE SANTA  
SUSANA DE ROMA, EL DÍA DE LA  
ASCENSIÓN, 25 DE MAYO  
DE 1865.